

# Por un saber mestizo

## La hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot en tres libros

Lobsang Castañeda

How-Ever, Roberto Matta, 1969. (Imagen: Universal History Archive / UIG via Getty Images)



AUTOR DE UNA OBRA FILOSÓFICA vasta, compleja, meritoria, que lo mismo aborda temas fundamentales de la filosofía analítica que del pensamiento novohispano, de la lógica y la epistemología que de la estética, de la ética y la filosofía política que de la teología, de la pedagogía y la lingüística que de la escolástica medieval, de la filosofía de la ciencia que de la metafísica y la ontología, Mauricio Beuchot ha dedicado buena parte de su vida a estudiar las propiedades interpretativas del signo. Polígrafo incansable, poeta, traductor del latín, historiador de las ideas, miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras e investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, no sólo es uno de los pensadores más influyentes de Latinoamérica, sino uno de los

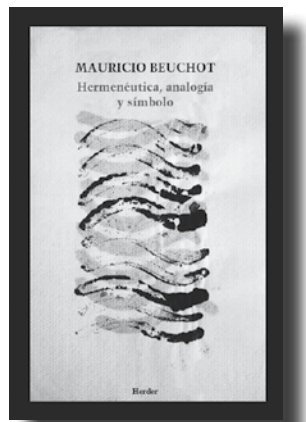
que más llama la atención en otras regiones debido al carácter interdisciplinario de su hermenéutica analógica, saber híbrido, mestizo y de aplicación universal donde los haya.

Si la hermenéutica ha sido siempre el arte de la interpretación de textos, para Beuchot el concepto de texto abarca mucho más que el mero discurso escrito. Gracias a las contribuciones teóricas de Hans-Georg Gadamer y Paul Ricoeur, sabemos que la noción de texto puede extenderse a fenómenos como el diálogo (el texto dialógico) y la acción significativa, lo que ha contribuido de manera fehaciente a considerar a la hermenéutica no como un apéndice de la paleografía sino como una disciplina capaz de descifrar los sentidos de la escritura, la conversación y la conducta humanas. En términos generales, la hermenéutica contemporánea concibe la realidad —en tanto construcción humana de sentido— como un gran texto susceptible de ser leído e interpretado por todos, idea que, lo sabemos bien, ya sostenía San Agustín cuando afirmaba que “el mundo es un libro y quien no viaja lee sólo una de sus páginas.”

De manera atinada, la editorial Herder de México se ha dedicado en los últimos años a publicar las obras más recientes de Mauricio Beuchot. En *Hermenéutica, analogía y símbolo* —texto clave para comprender su propuesta filosófica— sienta las bases de la “hermenéutica analógica” frente a la hermenéutica unívoca que busca el significado claro, distinto, exacto, único y monolítico de los fenómenos, y la hermenéutica relativista que afirma que toda interpretación, por descabellada que parezca, puede ser válida, pues la realidad misma es oscura, confusa, vaga, ambigua e impredecible. En efecto, en buena medida la historia de la hermenéutica es la historia de la pugna entre estas dos dimensiones del texto: el sentido literal y el sentido simbólico o alegórico a los que, sin embargo, podemos agregar un tercero: el sentido analógico.

Para Beuchot la analogía no es sólo una herramienta de la hermenéutica sino el ámbito en donde ésta puede desarrollarse con mayor efectividad, es decir, con mayores recursos para llegar a una lectura de la realidad que, abandonando el ideal de la univocidad inalcanzable, evite caer en el nihilismo de la equivocidad relativista. Si la analogía es una mediación proporcional, una relación de semejanza entre cosas distintas, adoptar un perfil analógico en la hermenéutica significa interpretar el texto del mundo ordenando cualitativamente lo que aún no se encuentra del todo organizado, sin que ello implique decantarse por un escepticismo extremo. Frente a la univocidad de las hermenéuticas esencialistas, preocupadas por abrir un solo camino de conocimiento, y frente a la equivocidad de las hermenéuticas posmodernas, empeñadas en negarlos todos, la característica principal de lo análogo o analógico es la de producir interpretaciones que guarden cierta jerarquía al interior de lo heterogéneo, que sean pertinentes, contextualizadas, verosímiles y, sobre todo, lo suficientemente sólidas como para ser sometidas a un examen de apreciación intersubjetivo que les otorgue mayor validez. La analogía intenta conducirnos, pues, a un relativismo moderado, con límites, no sometido al vértigo de la interpretación infinita sino anclado tanto en el contexto de los fenómenos como en los marcos conceptuales que nos permiten acceder a una realidad ya siempre circunscrita.

Además de hacernos ver que el significado analógico del texto no tiene pretensiones de exactitud pero que tampoco se inclina hacia lo indeterminado, en *Hermenéutica, analogía y símbolo*, Beuchot incluye una revisión histórica del concepto de analogía en la tradición filosófica occidental. En pocas páginas da cuenta de un puñado de pensadores que llegaron a advertir las bondades hermenéuticas de la analogía o que, en su defecto, lograron insinuar los alcances de esta tercera



*Hermenéutica, analogía y símbolo*  
Mauricio Beuchot  
México, Herder, 2014, 201 pp.

vía de acceso a la realidad. Es el caso de Charles Sanders Peirce y Ludwig Wittgenstein, respectivamente.

En *Charles Sanders Peirce: semiótica, iconocidad y analogía*, Beuchot explora la relación de este importante filósofo —cuya obra está siendo cada vez más estudiada en el ámbito hispanoamericano— con el concepto de analogía. La hermenéutica analógica, nos dice, puede ser llamada también icónica o analógico-icónica debido a que la iconicidad, en la teoría del signo de Peirce, “es lo mismo que la analogicidad”. Para Peirce el signo es aquello que representa un objeto refiriéndose a alguna de sus cualidades, es decir, su función es la de “estar en lugar de otro, o lo que es lo mismo, estar algo en tal relación con otro que, para ciertos propósitos, sea tratado por alguna otra mente como si fuera ese otro”. En este sentido, Peirce entiende el signo como un representante que designa un objeto para un intérprete en el que se suscita un nuevo interpretante, es decir, un nuevo signo. Este interpretante —que puede ser un concepto o una acción— es, pues, un segundo signo que alberga al signo primero.


Basado en la relación del representante con el objeto, Peirce divide el signo en tres clases: icono, índice

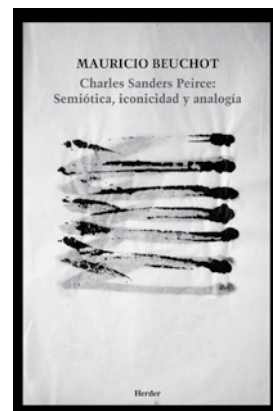
y símbolo. Mientras que el índice es idéntico al objeto que representa y el símbolo una mera convención entre el significante y el significado, el icono guarda una relación de semejanza con su objeto, representa a partir de las cualidades compartidas por los objetos aunque destacando siempre sus diferencias. Es, por decirlo así, un espejo que no sólo refleja el objeto sino que capta también su vaguedad y lucha contra ella por medio de hipótesis pertinentes y contextualizadas. Pasando por el mapa y el diagrama, y oscilando desde el retrato hasta la metáfora, que son las dos orillas de la iconicidad, el icono hace posibles las clasificaciones y generalizaciones que nos llevan a un conocimiento de la realidad mucho más completo. Por eso dice Beuchot que: “Interpretar un texto es lograr un icono suyo en nosotros; el interpretante, que es un signo de segundo orden, debe recoger la iconicidad del texto. Ya sea de tipo copia, ya sea de tipo diagrama, o de tipo metáfora, elaboramos hipótesis interpretativas o modelos de texto.”

Por su parte, en *Ludwig Wittgenstein. Analogía y parecidos de familia*, Beuchot somete a examen los aspectos generales del pensamiento del filósofo austríaco —cuya trayectoria intelectual cubre dos etapas: la del *Tractatus logico-philosophicus*, de corte univocista, y la de las *Investigaciones filosóficas*, más cercana al equivocismo— con el objetivo de descubrir aquellos aspectos que puedan apuntalar una hermenéutica analógica. En efecto, uno de los mayores méritos del “segundo” Wittgenstein fue que construyó una filosofía del lenguaje basada en su uso y no en su forma, y que los llamados “juegos del lenguaje” —que proliferan infinitamente desde el momento en que responden más a actividades y formas de vida que a aspectos teóricos— forman familias en donde prevalecen las semejanzas de conjunto y de detalle. En este sentido, la pregunta por el significado sólo es pertinente una vez que ya se han integrado o

asimilado las reglas de los “juegos del lenguaje” agrupados en familias, reglas que, por lo demás, se aprenden por ostensión y siempre con un cierto grado de equivocidad.

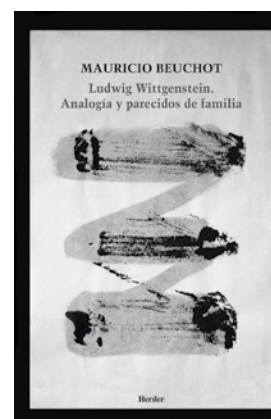
Sin embargo, aunque para Wittgenstein la filosofía fue fundamentalmente una reflexión sobre el lenguaje y su procedimiento metodológico una terapéutica del uso lingüístico debido a que “la cura radical para los problemas filosóficos viene de la descripción correcta de los usos de las palabras”, su teoría de la proliferación infinita de los juegos lingüísticos le impidió desarrollar, mas no advertir, un camino intermedio que, sin inclinarlo de nuevo hacia la univocidad del *Tractatus* —en donde el lenguaje es visto sólo como una herramienta teórica—, lo alejara del relativismo equivocista de su última etapa intelectual. Y es que para Beuchot, Wittgenstein señaló, probablemente sin querer, el trayecto hacia la analogía no sólo en su noción de los parecidos de familia sino en su concepto del “ver como” que nos indica que toda percepción depende de los presupuestos que lleve encima, es decir, que el acto mismo de percibir no es algo inocente o prístino sino algo delineado por las circunstancias, la cultura y el contexto en el que se suscita. Percibir la realidad es ya interpretarla, pues la naturaleza de la percepción, siempre tocada por el rasero de la proporción y la semejanza, es analógica.

Tanto en su *Hermenéutica, analogía y símbolo* como en sus estudios sobre Peirce y Wittgenstein, Beuchot no se limita a glosar ideas ajenas sino a utilizar, en el mejor sentido de la palabra, los conceptos filosóficos de otros pensadores para reforzar su propia teoría hermenéutica, algo poco común en el ámbito de la filosofía latinoamericana, tan dada a repetir o parafrasear las ideas surgidas en otras latitudes. De hecho, en diversas ocasiones el propio Beuchot ha remarcado el origen idiosincrático de su pensamiento, gestado gracias al mestizaje cultural que nos caracteriza desde la época colonial. Gran conocedor de la filosofía mexicana, de Bartolomé de las Casas a Enrique Dussel y de Fray Alonso de la Veracruz a Arturo Rosenblueth, Beuchot ha logrado posicionarse como un hito de la filosofía con una propuesta, la hermenéutica analógica, que está por cumplir un cuarto de siglo de existencia. 



*Charles S. Peirce: semiótica, iconicidad y analogía*

Mauricio Beuchot  
México, Herder, 2014, 139 pp.



*Ludwig Wittgenstein. Analogía y parecidos de familia*

Mauricio Beuchot  
México, Herder, 2015, 154 pp.